

PIO XI

El sagrado Colegio de los cardenales, reunido en conclave, ha elegido, para suceder al egregio Benedicto XV, al Eminentísimo señor cardenal Aquiles Ratti, arzobispo de Milán, quien ha tomado el nombre de Pío XI.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, católico por esencia, tomista por su instituto, presenta una vez más al Sumo Pontífice de Roma humilde homenaje de veneración, obediencia y afecto.

EL SOBERANO ESPIRITUAL

No es continuador de dinastías caducas, sino sucesor de Jesucristo en la tierra. Las fronteras de sus Estados van más allá de las siete colinas y del Apenino y del Ural. Las aguas del Tíber al ir a perderse en las costas de Toscana, no dicen adiós al señorial pontificio; porque salvando éste los océanos alcanza al Extremo Oriente y a las playas de la Polinesia, a los límites de la Pampa y del Continente negro, como a las riberas árticas del polo. Y aquella pedreguza soñada por el déspota babilonio, sigue creciendo convertida en montaña gigante «sobre cuya firmeza se alza tocando los cielos el templo de la Iglesia perdurable» (1).

Ni tiene el Jefe a su mano las escuadras de la república del norte, ni los regimientos británicos. Súbditos suyos son trescientos millones de católicos. Cristo en la persona de su Vicario es aquí jefe de los ejércitos de almas redimidas con su pasión, justificadas

(1) S. León Magno.

con su bautismo, confirmadas en su fe, punf, cadas por la penitencia y alimentadas con el pan de vida. Los hombres quisieron arrebatarse el poderío en el tiempo; y Dios le ha dado siempre dominio sobre los más vastos que Ravena, Ferrara y Bolonia, o las Marcas ó Espoleto. La soberanía del Padre Santo se significa bien por la triple diadema que compone la tiara; corona sacerdotal, regia y pontificia.

Quando en el año 314 san Silvestre Papa vio es; -tablecida por Cayo Flavio Constantino la paz del cristianismo después de diez persecuciones, decidió Hevar una insignia correspondiente a la dignidad de la Esposa Mística, antes oprimida pero jamás esclava; Y adornó su cabeza con el noble *pileum* que los patricios de aquellos tiempos usaban como distintivo de libertad. Mas también era preciso honrar el sacerdocio real conferido por el Salvador al Príncipe de los ministros eclesiásticos; y para ello hizo cubrir la franja del birrete con el llamado «frigio de oro.» Pasaron noventa años en que ni la bárbara destrucción del imperio cinco veces centenario, ni las revueltas heréticas y cismáticas pudieron remover la corona de Cefas, que como almenada muralla se levantaba sobre la piedra inmutable.

Tocó a Bonifacio VIII reprimir los desmanes de Felipe el Hermoso con la bula *Unam sanctam*, declaración que en el siglo XIX tuvo por eco la respuesta de Pío IX al invasor piemontés. Desde su palacio de Letrán, Bonifacio infligió anatema al rey de Francia, y se ciñó segunda corona para mostrar la doble potestad, espiritual y temporal, de que estaba investido. Después en Avinión Urbano V ostentaba la tercera insignia: la diadema papal superpuesta a la de sacerdote y de monarca romano.

A propósito, cuánta diferencia entre los pontífices gentiles y el del catolicismo! Légo que murió Nu a -dejando instituido el culto del Lacio, cuatro de los prim-

cipales flámines tomaron a su cargo la conservación del venerado Puente Sublicio, que daba acceso al Janículo, al monte sagrado que ocultaba los despojos del piadoso legislador. De allí provino la denominación de *pontífices*, quienes obedecían al *Pontifex Maximus*. Centenares de años más tarde, sobre aquella colina funeraria (1) un anciano hebreo espiraba crucificado por orden de Lucio Domicio Nerón: era el primer obispo de Roma, que sobre el polvo del primer rey latino inauguraba con su martirio la sucesión apostólica.

En vez del *apex* tradicional, un día brilló la tiara; sustituyó a la toga la sotana blanca, y la curul de marfil fue reemplazada por la cátedra de Simón el Pescador. No hay ahora sacerdote pagano que presida los juegos del Circo; es otro el Pontifice Máximo, que impera en la ciudad y el orbe. Mejor que Augusto, juntó en sí la majestad pontifical y la cesárea. La loba del Capitolio vió al Pastor Supremo apacentando su rebaño. Y la eminencia vaticana es el nuevo monte consagrado que se une a la verdadera ciudad eterna del cielo por un camino seguro, tendido sobre la corriente caudalosa de las edades.

J. C. GARCIA
Presbítero.

(1) Véase Mgr. Lugari, *Crucifiément de St. Pierre*.

